

## THE LOST GONG

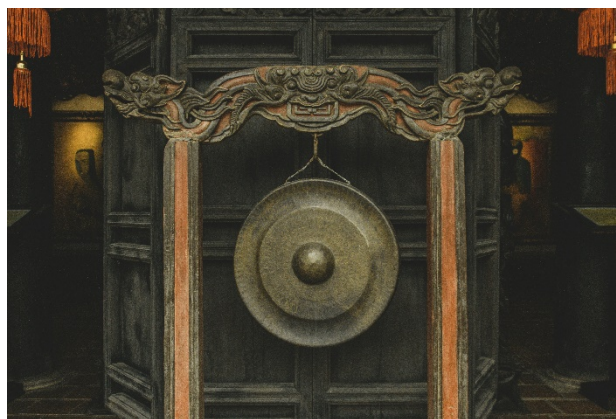
Había una vez, en un colorido pueblo llamado Luang Prabang, en Laos, una niña curiosa y valiente llamada Anisa. En su aldea, rodeada de montañas verdes y templos dorados, todos los días comenzaban con el sonido del gong del templo principal, que anunciaba la salida del sol y llamaba a la gente a reunirse.

El gong era muy especial: tenía grabados antiguos que contaban historias de los abuelos de sus abuelos. Lo cuidaban con amor y respeto. Pero una mañana, el gong no sonó. Solo se escuchaban los gallos y el río Mekong fluyendo tranquilo.

Anisa, preocupada, corrió hasta el templo. Allí encontró a sus dos mejores amigos: Malai, una niña que sabía mucho sobre las leyendas del pueblo, y Tawan, un niño divertido que amaba trepar árboles y encontrar cosas perdidas.

—¡El gong ha desaparecido! —dijo Anisa con los ojos como platos.

—Dicen que si el gong no suena por tres días, el espíritu del bosque se pondrá triste —añadió Malai, muy seria.



Los tres amigos decidieron buscar el gong. Preguntaron a los monjes, a los ancianos del pueblo, e incluso al vendedor de khao jee, un pan baguette típico que los niños adoraban comer con huevos y salsa picante.

—Anoche escuché un ruido extraño cerca del bosque de bambú —dijo el anciano Somchai, tomando un sorbo de té de jazmín—. Tal vez algo pasó allí.

Guiados por las palabras del anciano, los niños caminaron entre los árboles, escuchando el crujido del bambú y el canto de los pájaros. Finalmente, encontraron huellas... y detrás de un árbol enorme,

envuelto en lianas, ¡estaba el gong!

Pero no estaba solo. Una figura pequeña y peluda, con orejas puntiagudas y ojos curiosos, lo miraba fijamente.

—¡Es un phi del bosque! —susurró Malai—. Son espíritus traviesos, pero no malvados.

Anisa se acercó despacio y preguntó:

—¿Por qué te llevaste el gong?

El espíritu respondió con una voz suave:

—Nunca había escuchado algo tan hermoso. Solo quería sentirlo de cerca.

Anisa sonrió. En su cultura, compartir y entender eran más importantes que regañar.

—Puedes visitarnos cuando quieras. Pero el gong pertenece a todos.

El phi asintió y ayudó a los niños a devolver el gong al templo. Al día siguiente, el pueblo despertó con su sonido profundo y brillante. Todos celebraron con danzas y platos deliciosos como el laab, una ensalada picante de carne y hierbas frescas.

Desde ese día, el gong no solo sonaba para marcar el tiempo, sino también para recordar que cuando se escucha con el corazón, hasta los sonidos más antiguos pueden hacer nuevos amigos.